

LA JUDERÍA QUE NADIE QUISO

Rossana Cassigoli Salamon

MOMENTOS TESTIMONIALES

La investigación histórica e ilustración cronística de la imagen del judío, como enemigo hostil e insondable en sentido genérico, está ya abundantemente narrada, documentada y debatida. En este texto haré referencia a fuentes de interés paradigmático —me refiero a sus particulares epistemologías—, que ayudarían a revisar, en los tiempos en curso, la lectura de esta arcaica y peculiar proclividad anatemizadora hacia los judíos. Lo que propongo se orienta a la función explicativa y asume la parcialidad y carácter incompleto de las fuentes. Dividiré mi alegato en dos líneas de exploración: la primera sobre el carácter arquetípico del antijudaísmo; y la segunda sobre las formas, más o menos veladas, de su prevalencia.

La primera línea, relativa al carácter atávico del antijudaísmo, alude a una manera de hacer¹ o forma de ser cultural. Mediante tal forma, un colectivo crea, difunde y perpetúa un odio personi-

¹ Expresión que utiliza el antropólogo Michel de Certeau. Véase Luce Giard, “Historia de una investigación”, en Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana, 1996, p. XXI.

ficado en los judíos, colocados en la condición de chivo expiatorio de más o menos todos los males humanos e históricos. Este arraigado odio, siempre ardiendo, involucra ciertamente los aspectos racial y religioso; pero concierne asimismo a un atavismo mítico. Ojeriza que se traducirá en acciones y locuciones automáticas, reflejas, inconscientemente introyectadas. Consumadas a través de incursiones no muy cordiales con la mácula o tacha judaica, a través de prácticas hereditarias muy enraizadas en el inconsciente colectivo.² Seriamente ingeniosa resultó la reflexión que hiciera Jean Paul Sartre en sus célebres *Reflexiones sobre la cuestión judía*: “El más moderado de los antijudíos dirá: Hay ‘algo raro’ en los judíos”. Esto, subraya Sartre “no puede ni siquiera tomarse en serio” [...] Expresado con sarcasmo: “¿Debe haber algo raro en los tomates puesto que no me gustan?”³ El rechazo al judío —Sartre lo captó sin ser propiamente actor— “puede desembocar en alteraciones físicas”. Se traduciría en una “repulsión corporal que proviene de la mente: una toma de postura anímica tan profunda y totalizadora, que se extiende hasta el ámbito de lo fisiológico, como en el caso de la histeria”.⁴ Las reacciones viscerales de antijudíos, como aquella de blandir la señal de la cruz sobre el rostro enemigo, cubriéndolo de abominaciones, corroborarían la hipótesis de la histeria.

Nadie me ha contado este relato; lo viví directamente en el barrio santiaguino de Ñuñoa, en la primera infancia. Me encontraría, seguramente, jugando con niñas de mi edad, una tarde cualquiera, en la calle Suecia con Núñez de Arce. Algo muy siniestro

² Idea de uso corriente. Como fundamento de una antropología simbólica, designó los contenidos mentales olvidados o reprimidos. Constituiría un estrato universal de carácter innato y traduciría en contenidos y modos de comportamiento que son “*cum grano salis*”. C. G. Jung, “Sobre los arquetipos del inconsciente colectivo”, en C. G. Jung, W. F. Otto, H. Zimmer, P. Hadot y J. Layard, *Hombre y sentido*, Barcelona, Anthropos/CRIM-UNAM, 2004, p. 10.

³ Jean Paul Sartre, *Reflexiones sobre la cuestión judía*, Barcelona, Seix Barral, 2005, p. 12.

⁴ *Ibid.*, p. 13.

habían logrado sembrar los adultos en el interior espiritual de esas niñas, que gesticulaban alrededor de mí con la señal de la cruz mientras coreaban ¡judía, judía, judía! Esto, que no constituye un desempeño cotidiano, en sentido general, no es tampoco un caso aislado. Sin menoscabar la forma particular que tomó la violencia en sus marcas inquisitorias fundacionales, los judíos han sido legendariamente acusados con rencor intemperante de aberraciones que no resisten el menor juicio histórico.⁵

Es dable percibir en las acusaciones “contemporáneas” —que señalan a los judíos como exterminadores y genocidas de los palestinos asentados en la Franja de Gaza y, por añadidura, de haber canjeado una condición de víctimas por otra de victimarios—, otra maniobra del antijudaísmo, propiciada por discursos que anidan en una axiomática izquierda partidista latinoamericana. Diré algo más sobre esto. En primer lugar, no son los judíos los responsables de una guerra estatal y nacional; en todo caso sería el ejército de Israel y una determinada ideología sionista alentada por ambiciones territoriales. Resultaría inaceptable señalar a los judíos en calidad de genocidas, como a los musulmanes en calidad de terroristas. En segundo lugar, los judíos son un pueblo desplazado y mezclado desde tiempos inmemoriales. Hablar del pueblo judío como un grupo humano homogéneo, distorsiona no sólo su heterogeneidad histórica, cultural y valorativa intrínseca, sino también la posibilidad de historizar y comprender las diferencias inherentes a la asimilación propia de la diáspora. Colocar a todos los judíos en un mismo saco —pasando por alto diferencias filosóficas sustanciales— se prefigura como un renovado artilugio para eternizar su estigma. En tercer lugar, la totalidad de los seis

⁵ “Los judíos mataron a Cristo” se legitimó como aforismo paradigmático en la educación escolar católica; ¡habiendo sido Cristo un judío antiimperial en la vieja Roma! Acusación condenatoria sin pies ni cabeza, porque en tal época la Palestina era como lo sigue siendo hoy, judeoárabe. Antes de la modernidad capitalista, a los judíos se les acusa de la laicización mundana y la pérdida de influencia de la Iglesia católica en la vida comunal.

millones de víctimas judías del genocidio hitlerista de la segunda guerra —sin sumar a esta cuenta los millones de rusos y centenares de miles de *romas* (gitanos) y homosexuales asesinados por los nazis—, no tiene una relación directa ni con la fundación del Estado de Israel en 1948, un lustro después de su exterminio, ni con las acciones gubernamentales de un Estado armado que, por antonomasia, tiende al control y la expansión territorial.

El desmontaje hipotético del proceso de factura de tal adverso sentimiento arraigado podría, idealmente, abrir opciones filosóficas y escenarios antropológicos variopintos. No sólo para discernir la particularidad y describir cualitativamente el fenómeno arquetípico del antijudaísmo, sino para hacerlo ostensible como irrealismo mágico de alcance colectivo; un anatema urbano alentado por el catolicismo barrial y escolar. Cultura “catolicista” latinoamericana donde el curato, aun en los colegios laicos, podría encarnarse en un profesor párroco o una monja docente con aversión al judío. Todo ello podría documentarse, aunque no exclusivamente, en la crónica santiaguina de la infancia judía. Los testimonios no son desdeñables. Me permito compartir los míos, cuya incidencia estadística resulta insignificante, y sólo por ello ostentaría un valor demostrativo. Sin embargo, todo valor manifiesto busca la manera de inscribirse como experiencia y existencia. Esa es la verdadera naturaleza de la memoria; el sentido de un relato que es “todos los relatos”,⁶ imposible de contener y apropiar y que irrumpe bajo la forma de una sutil alteridad irreductible a toda jerarquía y universalidad. No cabría, entonces, dar por sentada la insignificancia hipotética de una historia pequeña, que matiza la tendencia general del relato prevaliente, antes de emprender su pesquisa etnográfica y cualitativa.⁷

⁶ Hannah Arendt, *La vida del espíritu*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1984. p. 49.

⁷ La etnografía del entorno inmediato puede aspirar a constituirse en categoría teórica de primer orden, como herramienta de observación y registro, más profundo aún puede explorar la escritura etnográfica, que no se afirma en un carácter científico ‘probativo’, sino que busca —más allá todavía del célebre

Lo anecdótico contribuye a pintar escenarios, en este caso alegóricos; arquetipos que regresan cíclicamente, transmutados. Entre 1965 y 1972 cursé mis estudios secundarios y de enseñanza media en un liceo público chileno de tradición liberal, humanística y laica. Todavía hoy, transcurridas más de cuatro décadas de haber concluido la vida escolar, debato con compañeros de entonces las asombrosas discrepancias sobre las experiencias vividas en esa época y las percepciones albergadas sobre la presencia, identidad o pertenencia judía entre condiscípulos. Recuerdo que, a finales de los años sesenta, las clases de religión eran obligatorias en el Liceo Manuel de Salas; a reserva de raras exenciones por motivos religiosos, avaladas por los respectivos padres. La razón utilitaria de los míos, consistía en afirmar que nuestra familia era atea. Mi padre provenía de familia católica y mi madre de una familia judía. Habían decidido eximir a las hijas de cualquier formación religiosa, sin descontar el hecho de que ambos eran militantes del Partido Comunista y de que mi padre era un saludable anticlerical. Sin embargo, recuerdo —y lo hice con doloroso y humillante desazón durante la pubertad— haber sido expuesta en mi “ambigua diferencia”, cuando fui reubicada en otro curso donde se impartía una materia agnóstica mientras los de mi grupo asistían a la clase de religión católica.

No era tan sencillo marginarse, en esa época, de la práctica habitual de enseñanza religiosa; ni siquiera en un liceo progresista. Podría añadir gran cantidad de detalles reveladores, como las atroces alocuciones de exiliados chilenos de la dictadura en México, que decían de mi madre o de otras pocas militantes de la izquierda, que por ser judías de seguro poseían jugosas cuentas bancarias en Israel. Tales calumnias furtivas más de una vez fueron acompañadas de una solicitud de dinero, en la absoluta convicción de

“significado” puesto en el centro por la tradición estructuralista y psicoanalítica desde la primera mitad del siglo XX— una categoría tan filosófica como práctica; a saber, la del “sentido”.

que un judío siempre tiene arcas ocultas, aunque juegue a favor de la revolución. Otro relato refiere el caso de una amiga querida, hija de alemanes que huyeron a Chile durante la guerra, quien mantuvo oculta su identidad judía durante toda la vida escolar. El apellido paterno, desprovisto del evidente tonillo judaico, contribuyó a la negación. Muchos años después, me enteré casualmente de su condición judía, y también de que su madre, acaso con la loable intención de protegerla, había bajado a cero el perfil judío de mi amiga al punto de pasar inadvertido para el resto. No era mi caso. Muchos judíos lo somos no por convicción religiosa, cultural o identitaria, sino por el hecho de haber sido nombrados y señalados desde fuera, con el dedo flamígero o la mirada sibilina, como judíos. Si se me llama judía, como si fuese algo maldito, entonces seré judía y me afirmaré en ello. Seré judía para atestiguar, no el sentido o virtud de serlo; sino, simplemente, el derecho de serlo.

En el barrio santiaguino donde crecí, Ñuñoa, el antijudaísmo encontraba retorcidos cauces para manifestarse. Una niña no tiene herramientas intelectuales para defenderse; pero el sentimiento de velada angustia que en su pecho se anida resulta irrefutable; incumbe a lo vivido prácticamente —y sentido emocionalmente—, y que llamamos experiencia. ¿No había acaso, al frente de la casa que arrendaban mis padres, en la calle Suecia, una familia clase-mediera que prohibía a sus niñas “juntarse con las hijas de la mujer judía”? ¿No existieron, acaso, las amas solteras que criaban gallinas y vendían sus huevos en la cuadra, detrás de la puerta francesa con aldaba de bronce, quienes me pedían prestada a mi madre para enseñarme la biblia católica y salvarme de la molesta mancha judía que “bastardizaba” la barriada? ¿No percibí, acaso, no sólo el nerviosismo soterrado y molesto, sino también la murmuración malévola en torno a mi madre —por cierto retraída, generosa y carente de ambición—, por parte de vecinas y empleadas de casa, contagiadas por la tirria patronal? Resulta escabroso recordar lo establecido, difundido y naturalizado que estaba en Chile, durante la infancia de varias generaciones, el cántico célebre del “perro ju-

dío”: “¿Cuántos panes hay en el horno?/ 21 quemados./ ¿Quién los quemó?/ ¡El perro judío!/ Arráncate perro que allá voy yo./ Eso te pasa por *aturdí*,”⁸ perro judío”. Un verdadero homenaje al nazismo. Según Paloma Grunvert,⁹ lo que le pasaba al judío por “aturdí”, no era la quema de los panes, sino la responsabilidad de su propia muerte en los hornos crematorios. Otra versión azarosa indica que la canción proviene de los tiempos de la conquista del siglo XV, cuando los reyes católicos perseguían y expulsaban a judíos y musulmanes. Queda abierta por ahora la investigación del origen de este motete antijudío que tiene, al menos, una marca chilena, y tal vez previamente andaluza, en su dicción.

Pretendo, antes de cerrar estos párrafos autobiográficos, comentar en calidad de testimonio directo el fenómeno de la presencia de un sentimiento antijudío en las filas de una cierta izquierda militante, haciendo particular alusión al caso chileno. Como elemento de un contexto general, puede señalarse que, en las primeras búsquedas emprendidas sobre el tópico general del antijudaísmo arraigado en los valores de la izquierda, surgen relatos recurrentes: los dichos antijudíos de Mijaíl Bakunin, acaso el precursor de la primera generación de anarquistas rusos en el siglo XIX; la alianza de Stalin con Hitler; y el fusilamiento, en 1952, de la mayoría de los miembros del Partido Comunista checo. A fin de enfatizar sus discrepancias destempladas, Bakunin vilipendió a Marx llamándole

un judío rodeado por una pandilla de pequeños, medianamente inteligentes, astutos, ágiles y especuladores judíos, así como los judíos son en todas partes agentes bancarios y comerciales, escritores, políticos, corresponsales de periódicos de todas las tendencias políticas; en pocas palabras, corredores literarios así como corredores de la Bolsa,

⁸ Alude a la pronunciación local chilena, de la palabra aturcido; es decir, tonto, golpeado de la cabeza, estúpido.

⁹ Paloma Grunerte, “Repudio a los juegos fascistas que jugábamos cuando niños”, 8 de mayo, 2005. En <http://www.noesnalaferia.cl/> (fecha de consulta: 27 de julio, 2017).

con un pie en la Banca y el otro en el movimiento socialista, y con sus traseros sobre la prensa alemana.¹⁰

Bakunin prosigue su arenga en una declaración a primera vista insidiosa:

Los judíos se han apoderado de todos los periódicos y ya se pueden imaginar la nauseabunda literatura que producen [...] Ahora, todo este mundo judío, que constituye una secta explotadora, un pueblo de sanguijuelas, un parásito voraz, sinvergüenzas, cercanos e íntimamente conectados el uno con el otro, sin importar no sólo las fronteras sino tampoco las diferencias políticas. Este mundo Judío está hoy a disposición de Marx o de los Rothschild. Estoy seguro que, por un lado, los Rothschild aprecian los méritos de Marx y por el otro lado, Marx siente una inclinación instintiva y un amor por los Rothschild. Esto puede parecer extraño. ¿Qué podrían tener en común el comunismo y la Alta Finanza? ¡Oh, oh! El comunismo de Marx busca un fuerte estado centralizado, y donde ello exista debe, inevitablemente, existir un Banco Central estatal, y donde esto exista allí la parasitaria Nación Judía —que especula con el trabajo del pueblo— encontrará el medio para su propia existencia.¹¹

Sería arriesgado establecer la relación directa entre los antecedentes en apariencia aislados referidos arriba, y las manifestaciones antijudías, no generalizables pero sí estridentes, en el seno del sector vocinglero de la izquierda chilena que en el presente adhiere a la causa pro-palestina. Tal adhesión bien podría estar inspirada en una empatía genuina con los pueblos sufrientes y derivarse de una indignación moral por las secuelas de una guerra injusta y desigual. Empero, también es cierto que tales expresiones “solidarias” provienen visceralmente de una profunda aversión antijudía, y dan la impresión de que es la causa antijudía la que utiliza al discurso “buenista”¹²

¹⁰ Mijaíl Bakunin, *Profession de foi d'un démocrate socialiste russe précédé d'une étude sur les juifs allemandes*, París, Le Réveil, 1869.

¹¹ *Loc. cit.*

¹² En una conversación con mi amigo de infancia en el Liceo Manuel de Salas, Sergio Vásquez Bronfman, pronunció este calificativo que me pareció no sólo agu-

—la mayoría de las veces sin el menor rigor histórico y geográfico— para desfogarse. Las llamadas redes sociales —tan responsables de haber ofrecido un espacio de libre expresión a los llamados “sin voz”, como de haber fomentado el desahogo nihilista y vociferante de la opinión sin nombre y sin rostro, haciendo perder todo valor a las palabras— constituyen un ejemplo palmario de la prevalencia de un antijudaísmo soterrado.

Avaricia, perversidad, astucia, sospechosa inteligencia espontánea; características que trazan en la mente imaginaria de los colectivos barriales, desde tiempos inmemoriales, los rasgos de una figura incómoda que filtra su marca en el espacio común. Este judío, que enrarece las formas del habla y amenaza la calmada estabilidad de las certitudes nativas arraigadas a la tierra, remite a cierta alteridad que puede tener la forma de un halo “exasperante”.¹³ Aureola desterrada, volátil, de origen ambiguo, que parece encarnar travesías penosas hacia el ignoto país. Imagen judía imprecisamente envuelta en un aire mítico, llegada desde un lugar recóndito y gitanesco, remontado a un tiempo impensable, pero anclado a la historia y cuya huella no se extingue.

En los álgidos pasajes del devenir diaspórico, el judío no sólo fue portador de estigmas. Experiencias multiformes enseñan aquella pertenencia judía que sirvió para acendrar el orgullo de una condición paria; estirpe de perseguidos con la única dignidad de

do, sino útil para describir una tendencia creciente en las prácticas narrativas contemporáneas. El rasgo sobresaliente de esta práctica sería la autoadjudicación de buenas virtudes; hablar desde el “bien” y los “buenos” que empatizan “de verdad” con las víctimas. A diferencia de los “malos”, que son todos los demás que supuestamente no están comprometidos con la condición doliente y “en la pelea”. No se entienda de ello que los oradores pro-palestinos de la izquierda chilena, antijudíos la mayor parte, se han trasladado a Gaza para proteger a las víctimas civiles. Aquí no se trata de su conmoción por la tragedia del ser humano concreto, sino de un discurso del “bien” como marca e insignia de una vieja teología “revolucionaria”.

¹³ George Steiner, *En el castillo de Barba Azul. Aproximaciones a un nuevo concepto de cultura*, Barcelona, 1992, p. 66.

haber sobrevivido. Bernard Lazare había proclamado que los judíos deben asumir con dignidad su condición de parías.¹⁴ En la opinión de este último, “el sionismo no debía ser una empresa colonizadora, encaminada a construir un estado, sino un medio para dar dignidad nacional a un pueblo perseguido”.¹⁵

La primera línea investigativa me condujo a preguntar si la animadversión hacia los judíos, que puebla desde tiempos inmemoriales el imaginario colectivo humano —alimentada de un automatismo transmitido, no derivado de la experiencia— constituye o no un anatema arquetípico.¹⁶ La referencia obligada es el ya referido clásico *Réflexions sur la question juive*, de Sartre, escrita en 1944 antes de la creación del Estado de Israel.

La segunda línea que explora este texto alude a las formas probablemente transfiguradas, o manifiestamente solapadas, de un antijudaísmo ‘contemporáneo’. El libro de Élisabeth Roudinesco, *Retour sur la question juive*,¹⁷ que corresponde a una versión historizada del fenómeno presente de la judeofobia, constituye un aporte contundente a la dilucidación del tema. Por otra parte, el argumento de Enzo Traverso, en *El final de la modernidad judía. Historia de un giro conservador*,¹⁸ resulta polémico a causa de la tajante proclamación que sustenta del ocaso de la modernidad judía¹⁹ después de haber sido el principal foco de pensamiento crítico del mundo occidental. Los “judíos”, escribe, “se encuentran actualmente, por

¹⁴ Enzo Traverso, *Los judíos y Alemania*, Valencia, Pre-Textos, 2005, p. 126.

¹⁵ *Loc. cit.*

¹⁶ Descendiente de la palabra *arjé*, principio u origen, alude en sentido platónico al mundo de las ideas; la primera idea, el primer modelo, la primera impresión.

¹⁷ Elisabeth Roudinesco, *A vueltas con la cuestión judía*, París, Albin Michel, 2009.

¹⁸ Enzo Traverso, *El final de la modernidad judía. Historia de un giro conservador*, México, FCE, 2014.

¹⁹ En el contexto de la investigación de Traverso, “modernidad” indica “una etapa de la historia judía”, que abarca desde mediados del siglo XVIII a mediados del siglo XX. Traverso, *op. cit.*, p. 19.

una suerte de reversión paradójica, en el centro de sus dispositivos de dominación”. Y más adelante: “El antisemitismo ha dejado de modelar las culturas nacionales, cediendo su lugar a la islamofobia, la forma dominante del racismo en este comienzo del siglo XXI”.²⁰

Se ha reinventado la “cuestión judía”, según Traverso, a contracorriente de la propia historia judía, bajo una forma estatal y nacional; la judeidad ha mutado, anuncia, hacia un giro conservador.²¹ Un vehemente dramatismo póstumo conduce a Traverso a enterrar bajo una lápida a la modernidad judía: “Después de haber sido cuna de esta modernidad judía, Europa se convirtió en su tumba. Y en heredera de su legado”.²² Es imposible saber hasta qué punto constituye una entelequia presentar la declinación del antijudaísmo como verdad zanjada, por la vía de anunciar —como de algún modo lo hace el historiador Traverso—, su reemplazo por una más violenta y racista islamofobia. Queda pendiente la pertinencia de discernir si se trata de dos fenómenos esencialmente indisociables, en su histórica correspondencia, o si cada uno de ellos lleva en sí mismo una existencia distintiva como anatema imaginario. Me inclino, anticipadamente, por la segunda de estas opciones.

GENEALOGÍA Y ARQUETIPOLOGÍA²³ DEL ODIOS ANTITUJUU

El antisemita, escribió Sartre, “reclama el derecho a predicar por doquier la cruzada antijudía”.²⁴ Este hombre, escribe, “puede ser

²⁰ *Ibid.*, p. 13.

²¹ *Ibid.*, p. 14.

²² *Ibid.*, p. 21.

²³ Expresión tomada del antropólogo vasco Andrés Ortiz-Osés, “El círculo Eranos”, en K. Kerényi, E. Neumann, G. Scholem y J. Hillman, *Arquetipos y símbolos colectivos*, Barcelona, Anthropos, 1994, p. 14.

²⁴ El término inadecuadamente llamado “antisemitismo” fue acuñado por Wilhem Marr, en 1879, en un artículo judeofóbico publicado en el *Neue Freie Press* de Austria, titulado “Zwanglose Antisemitische Hefte”. Según la fuente tomaba

buen padre y buen marido, ciudadano laborioso, distinguidamente docto y filántropo y, por otra parte, antisemita”.²⁵ (Tal descripción consigue evocar de inmediato al individuo “superfluo” que encarnaría el homicida Eichmann juzgado en Jerusalén, en el célebre y polémico ensayo de Hannah Arendt, *Eichmann o la banalidad del mal*).

Según Sartre, el antisemitismo “es algo muy diferente de una idea. Es, en primer lugar, una pasión”. Lo que ama verdaderamente el antisemita es el “estado de apasionamiento”; “los objetos de la pasión”. Un hombre sensato, razona, “indaga entre titubeos”, se distingue por ser “abierto”. Empero, dice Sartre, hay “a quienes les atrae la perennidad de la piedra”.²⁶ Según Sartre, la condición del antisemita es impenetrable, en ello radica su firmeza. Su hallazgo fue captar la fuerza de tal impenetrabilidad, que se nutre de un miedo primigenio a la verdad; a la “forma misma de lo verdadero”.²⁷ De allí que el sentimiento antisemita “se inscriba en la lógica de lo pasional e irracional, que puede presentarse disfrazada de propuesta teórica”.²⁸

Al mismo tiempo que una pasión, escribió nuestro autor, el antijudaísmo es una concepción del mundo maniquea y primitiva del “hombre de masas”.²⁹ Cumple la función de gran mito explicativo. El antisemita concibe únicamente un tipo de apropiación localista y terrenal: la “propiedad” heredada *versus* la prerrogativa de la inteligencia.³⁰ La frase “odio a los judíos”, observó Sartre, es

el término semita de la lingüística, al considerarse el hebreo como lengua meso-oriental hermana del arameo y del árabe y cuyo linaje se remonta a Sem, uno de los hijos de Noé. En Moisés Garzón Serfaty, “Judeofobia: origen, causas, formas y fases”, en *Congreso Judío Latinoamericano*, Buenos Aires, 1978.

²⁵ Sartre, *op. cit.*, p. 10.

²⁶ *Ibid.*, p. 19.

²⁷ *Ibid.*, p. 21.

²⁸ *Ibid.*, p. 13.

²⁹ *Ibid.*, p. 165.

³⁰ *Ibid.*, p. 26.

de las que sólo pueden pronunciarse en grupo. La mayoría de los antisemitas se encuentra en las clases medias, concluyó; “no hay apenas antisemitismo entre los obreros”.³¹

Las manifestaciones antijudías son tan remotas que podrían situarse en una suerte de metatiempo pretérito, fundacional. El interés antropológico en este tópico apuntaría a develar la genealogía de tal manifestación antagónica, y a describir, cualitativamente, el fenómeno que explica la adhesión ciega de la conciencia a un juicio heredado. Intentar explorar cómo una herencia revive encarnada, multiplicándose alegóricamente, en un enemigo concreto, imaginado como otredad subrepticia, cargado de mensajes sospechosos ligados a significados arcaicos. Como imagen acústica y por su uso emblemático, la palabra *judío* merecería un estudio documentado en fuentes primarias, en el marco de una etnografía del lenguaje.

El referido ensayo de Élisabeth Roudinesco, *Retour sur la question juive* narra la leyenda sorprendente de la maldición judía —recolectada por Jacobo de Vorágine hacia 1260—, que “hace de Judas un duplicado de Edipo, destructor del *genos* (dinastía) de los Labdácidas y por lo tanto del orden familiar, al combinar incesto y parricidio”.³² Según Roudinesco, “en la larga historia del mundo medieval, el judío encarna a la vez al diablo y a la bruja; es matrici-

³¹ En Francia los judíos estuvieron oprimidos hasta 1789, según Sartre, “y a continuación participaron como pudieron en la vida de la nación”. Sartre, *op. cit.*, p. 16. Sin embargo, durante el régimen de Vichy, bajo la ocupación nazi, muchos judíos fueron perseguidos y asesinados en Francia. Existe literatura abundante sobre lo que se ha calificado el “negacionismo francés” y la vergüenza que acomete a algunos hombres y mujeres honestos, ante las evidencias de la participación de Francia en el exterminio nazi y la indiferencia de la población frente al asesinato cuantioso de vecinos y niños. Vestigios abundantes de tales atrocidades están expuestos en el Museo de la Shoah, en París. También afecta a la conciencia de rectos franceses en el presente, lo que fuera una traición al capitán Richard Dreyfus, acusado injustamente de espía y encarcelado en condiciones brutales hasta su temprana muerte, en un acto colaboracionista y antijudío.

³² Roudinesco, *op. cit.*, p. 19.

da y parricida y es ambos sexos; alianza del escorpión y la cerda”.³³ Prosigue la crónica: “Señor de los venenos, la usura y el saber, lúbrico y glotón [el judío] encarna pues el horror absoluto”.³⁴ El mito sexual del judío pérfido, de costumbres desnaturalizadas sodomitas e incestuosas —el dicho de las mujeres judías que se acuestan con macho cabríos— está presente durante las persecuciones antijudías de la época medieval.³⁵

El robusto comentario de Roudinesco, colmado de demostraciones históricas y documentales, sitúa en la base de su reflexión la distinción histórica enfatizada por Hannah Arendt, entre el antisemitismo —ideología racista de fines del siglo XIX “con variaciones entre 1870 y 1944”—³⁶ y el antijudaísmo que surgió después de que el cristianismo fuese admitido como religión estatal a fines del siglo IV, durante el reinado del emperador Teodosio. Antes de ello, el cristianismo figuraba como advenedizo y enemigo comunal, al menos desde la época de Cristo hasta el siglo II. En el siglo III de nuestra era, el cristianismo fue ya permitido como religión y en el IV devino religión oficial del imperio romano.³⁷ En resumidas cuentas, el antijudaísmo religioso se inició y propagó virulentamente como consecuencia de la cristianización, justamente, del imperio romano.

Los paganos, antaño perseguidores de los primeros cristianos, se convirtieron ahora en los perseguidos, como los demás vestigios de la cultura grecolatina. Según Roudinesco, el antijudaísmo cristiano se desarrolló en toda Europa hasta el siglo de la Ilustración: el judío no se consideraba un “enemigo exterior, ni el bárbaro de allende las fronteras, ni el infiel (musulmán), ni el hereje (albigense, cátaro), no el otro, ajeno a uno mismo”, sino que era “el enemigo

³³ *Loc. cit.*

³⁴ *Loc. cit.*

³⁵ *Ibid.*, p. 18.

³⁶ Sartre, *op. cit.*, p. 11.

³⁷ Roudinesco, *op. cit.*, p. 17.

interno ubicado *dentro y fuera*, inscrito en el núcleo de la genealogía...”.³⁸ La autora explica:

No pudiendo ejercer más que oficios prohibidos a los cristianos, los judíos fueron acusados de realizar toda clase de prácticas repugnantes, relacionadas con su condición de supresores de la diferencia sexual y de la separación de las especies: bestialismo, asesinatos rituales, incestos, rapto de niños, profanación de la hostia, ingestión de sangre humana, contaminación de aguas, instrumentalización de los leprosos, propagación de la peste, conspiraciones diversas.³⁹

Roudinesco repasa un episodio de la histórica *limpieza de sangre*,⁴⁰ como muestra del antijudaísmo cristiano de fines del siglo XV, momento que señala el fin aproximado de la Edad Media. España estaba embebida de la temática de la raza; judíos y musulmanes eran considerados infames, conversos (marranos y moriscos)⁴¹ y descendientes de los leprosos. Los sefaraditas, judíos de la Península ibérica, eran culpados de herejes para poder ser castigados por los tribunales de la Inquisición: “Terrible situación la de los marranos. En tanto que judíos conversos, eran cristianos nuevos. Convertidos por obligación, practicaban su fe en secreto. En to-

³⁸ *Ibid.*, p. 18.

³⁹ *Ibid.*, p. 20.

⁴⁰ Los “estatutos de limpieza de sangre” autorizaban a los conversos —mediando una serie de documentos como la fe de bautismo y pruebas de descendencia de padres conversos—, a incorporarse a la Cristiandad. La limpieza de sangre, en las sociedades del antiguo régimen, se referían, según la autora, más al linaje y la herencia que a la raza biológica, en el sentido decimonónico. *Ibid.*, p. 28.

⁴¹ “Marranos” se refiere a criptojudíos o judíos conversos durante la Inquisición y larga persecución y expulsión de España. Mantuvieron sus creencias y celebraron sus ritos secretamente; para conservar la vida. “Moriscos”, derivado de *moro*, designa a los musulmanes andaluces bautizados tras la ley de “conversión forzosa” impuesta por los Reyes Católicos en 1502.

das partes eran extraños; cristianos para los judíos, judíos para los cristianos”.⁴²

En resumidas cuentas, según Roudinesco, la palabra *antisemitismo* se inventó en 1879, a raíz de su difusión masiva como ideología racial y como movimiento político. En consecuencia, no debería aplicarse retrospectivamente al antijudaísmo cristiano y menos aún al antijudaísmo de la Ilustración.⁴³

EL ANTIJUDAÍSMO COMO EMBLEMA. ROSTROS PRESENTES

Para resguardarse de la generalización —que pudiese hacer aparecer a todos los enemigos, las enemistades, la villanías, la alevosía y la humilladora ignominia hacia la experiencia ajena, prácticamente idéntica, parecida, clasificable o fácilmente identificable—, sugiero poner en práctica un principio roussoniano y leivtrausiano de la antropología. Éste consistiría en observar simultáneamente las propiedades universales de un fenómeno, junto a las particularidades de un objeto cognoscible; para distinguir no únicamente sus dinámicas de cambio e inherentes contradicciones, sino también sus permanencias y persistencias estructurales. Más que el optimista “descriptivismo” multiculturalista, se trataría de reflexionar en torno a la particularidad irreductible de cada una de las expresiones inherentes a la prefiguración del enemigo en la consciencia inadvertida⁴⁴ del sujeto superfluo, o el “hombre de masas” al que aludía Sartre.⁴⁵

Intenté, en el presente texto, vislumbrar algunas formas y semblantes contemporáneos del antijudaísmo. Ello, a la luz de los

⁴² *Ibid.*, p. 20.

⁴³ *Ibid.*, p. 27.

⁴⁴ Expresión de Giannini. En Humberto Giannini, *La reflexión cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1987, p. 12.

⁴⁵ Sartre, *op. cit.*, p. 94.

efectos que ha causado el tratamiento de la así llamada “política genocida” del Estado israelí, con mayor fuerza desde el año 2010, y el efecto trastornador de la incesante guerra judeopalestina. El surgimiento de neologismos combinados⁴⁶ ha contribuido a echar sombra y hasta ignorante calumnia sobre las complejas relaciones judeoárabes, desde tiempos muy pretéritos. Imbuidas, además, de vestigios míticos, legendarios y arcanos, inaccesibles en fuentes históricas concluyentes.

Respaldata únicamente por la experiencia personal —lo oído, visto y “sentido”—, podría asegurar, aún en condiciones de arriesgada subjetividad, que las formas más veladas y persistentes del antijudaísmo arraigado en los imaginarios clase medieros, se encuentran latentes y presentes, sin pasar por alto su reproducción en el oscuro intersticio de una cierta izquierda partidista latinoamericana. La novísima adhesión visceral de la izquierda a la causa palestina, muchas veces sin conocimiento histórico de matices, contradicciones y vicisitudes, podría ocultar la irresponsable pérdida de sustento de sus masas obreras y campesinas. Así mismo, encubre también, la consiguiente sustitución por víctimas esencializadas, allende toda relativización y complejidad de la veracidad histórica. La desgracia palestina, innegable para cualquier observador probo, sería utilizada no sólo para paliar la merma de bases proletarias. Lo haría también para disimular el frecuente antijudaísmo, encubierto de fervor revolucionario y humanitario, pero de todos modos activo en el entreverado imaginario tercermundista.⁴⁷

Me permito poner en duda las aseveraciones de Enzo Traverso —cuyos importantes libros me han brindado, en otros contextos,

⁴⁶ Roudinesco, *op. cit.*, p. 102.

⁴⁷ No basta, en cualquier caso, colocar el tendencioso antijudaísmo del lado de las “américas latinas”, ya que en el Occidente viejo —por desgracia Francia es una muestra agravante—, tal antijudaísmo ha mantenido firmes sus muy antiguas raíces y retoñado en saludables brotes con manifestaciones y ejemplos demostrativos en las primeras décadas del siglo XXI.

un aporte indiscutible—, la confusión entre los fenómenos de la judeofobia y la islamofobia se me aparece como una veloz síntesis. Ella zanja de un plumazo asunciones que un lector desprevenido podría engullir sin rumiar (pido disculpas por la prosaica analogía). La construcción sintáctica de los párrafos, en el texto de Traverso, deja entrever los signos de una convicción sectaria, apasionada y algo enconada en la demostración del ocaso ostensible, según su visión, de la alteridad judía como potencial intelectual crítica y, en especial, del antijudaísmo ahora sustituido por la islamofobia. El carácter sustitutivo que vincularía ambos fenómenos, como leo a Traverso, pretendería comprender sus discursos en este sentido: la islamofobia del siglo XXI habría desplazado a la judeofobia, que tuvo su auge y justificación durante el siglo XX. La cultura pensante judía, habría devenido —en extractada síntesis— en una fuerza no sólo conservadora, sino también reaccionaria, según Traverso.

No es mi intención transformar este texto en una polémica con Enzo Traverso. No es, tampoco, la exageración ilusionista de sus aseveraciones la que querría objetar. Lo que me confunde es el tono fatídico con el cual el historiador pretende dar por terminado el fenómeno del antijudaísmo, tomando para ello como prueba el racismo islamofóbico creciente en el mundo occidental. Basada en una simple “etnografía existencial”, doy fe de que el fenómeno del antijudaísmo —que no “antisemitismo”— posee una raigambre prototípica, que actúa incluso más allá de la conciencia individual. Sólo una conciencia reflexiva, prefigurada en la acción comunicativa⁴⁸ de sujetos plurales, podría desmontar las construcciones culturales de un odio heredado.

⁴⁸ Expresión acuñada por Habermas y retomada por Humberto Gianni ni para elaborar el concepto de “intencionalidad de la acción”, en Humberto Gianni ni, “Notas acerca de la moralidad de la acción”, en *Revista de Filosofía*, vol. 67, 2011, pp. 167-182.